



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

DIRIJIDA

POR VICTOR CABALLERO Y VALERO.

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Castro don Adolfo de.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio María.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José María.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriu y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Telesforo A.—Rodriguez Correa don Ramon.—Salvochea don Fermin.—Sala don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

SEUDÓNIMOS.—Cid Asam-Ouzad Benengeli, Madrid.—Crisóstomo, Cádiz.—Dr. Pero Recio, idem.—Dulcinea del Toboso, idem.—El caballero de los Espejos, id.—El Page, Malaga.—Juan Palomeque, Cádiz.—Maese Nicolás, idem.—Maese Pedro, idem.—Parlanchin de provincia, Madrid.—Tomé Cecial, Sevilla.

LA NOCHE BUENA.

RABO DEL ARTÍCULO TITULADO, LA FERIA

DE LA CALLE DE LA UNION.

Mis lectores me harán el obsequio de recordar que en mi primer artículo titulado, *La feria de la calle de la Union*, quedé solemnemente comprometido con mi amigo, el amante de Isabelita, de acompañarlo á la feria con el bendito deber de pagar los gastos que hiciesen durante la nocturna escursion mi amigo, Isabelita, la mamá de Isabelita, la prima de Isabelita, la cuñada de Isabelita, y probablemente el perrito faldero de Isabelita.

Anticipadamente me puse á cantar:

¡Ay mamá, qué noche aquella!

--Señorito; exclamó mi criado entrando en mi habitacion: esta esquela.

--Veamos; dije: ah! es de mi amigo; y leí lo siguiente:

«Querido Sancho: voy á revelarte un acontecimiento semi-fúnebre, que me impide pasear por la feria; como te llevo dicho oye, y tiembla; Isabelita es pobre, lo que no quita para que sea presuntuosa; el mercader ha conocido que no cobrará nunca el vestido de seda de Isabelita, y ha cometido la osadía de llevarse el corte; á Isabelita le ha dado un ataque nervioso, que ha puesto en revolucion sus nervios y los de su familia; en vista de esta catástrofe, pienso desafiar al mercader como hombre de honor que soy. El día 24 de Diciembre saldremos, espero que Isabelita estará mejor.

Te quiere,

Panchito Guadalupe.

P. D. No te pido para pagar el vestido de Isabelita, por no abusar de tu amistad.

Esta epístola me abrió el apetito, tranquilizó mi espíritu y me proporcionó el placer de dormir sosegadamente. El ataque de nervios de Isabelita me hacía feliz; esta felicidad, como todas las felicidades, duró poco tiempo: el día 24 de Diciembre llegó al fin, y con él llegaron mis desdichas; mi amigo se presentó de nuevo en mi humilde morada, notificándome que era el día 24 de Diciembre, que Isabelita estaba completamente restablecida de su ataque de nervios, que se había arreglado la deuda del vestido, que salía de paseo y que era preciso que yo los acompañara, y que me preparase á ser el editor responsable de los gastos que hiciese la amorosa pareja, y la familia de la desdichada futura de mi atolondrado amigo.

Dieron las siete de la noche, preparé mi bolsa, llegó mi amigo, me embocé en mi nube, y á la calle.

Llegamos á casa de Isabelita, penetramos en el patio, y ¡qué horror! conté las siguientes personas: Isabelita, su mamá, Teresita, hermana de Isabelita, la tía de Isabelita, y doce niños sobrinos y parientes de Isabelita; era una comitiva respetable.

Hé aquí la descripción que hice á vista de patio de Isabelita. Es esta doncella menesterosa, una de esas vírgenes de relumbron que ni pinchan ni cortan, es decir, que ni son bonitas ni absolutamente feas, blanco cutis, negros dientes, buenos ojos, pocas cejas, lindas manos, pies que se ven á leguas, poca conversacion y mucho apetito.

La mamá de Isabelita era otra cosa. Figuráos á una de esas jamonas que cuentan los gastos de la casa con los dedos, y que se precian de ser unas consumadas matemáticas. Gran cabeza, es decir, cabeza gorda, canos cabellos, hijos legítimos de 57 años, una boca que figura una cueva de siete dientes mal colocados, y dos muelas en revolucion, ojos de color de cielo, empañados por densas nubes, nariz de telescopio, muchas palabras de recursos como las de: Ya soy vieja. --Muchas gracias.--Favor que usted me dispensa.--

¡Ay que chistoso!--Cuidado no se resfrie usted, etc. etc.

Con semejantes hembras y á semejantes horas, figúrense ustedes si tendría buen humor.

Mi amigo dió el brazo á Isabelita. Yo huyendo de la mamá, me acogí al pabellon mas jóven, es decir, me acogí á Teresita, y salimos rodeados de los niños que brincaban y alborotaban como unos inocentes que eran.

Llegamos á la feria de la calle de la Union; una multitud inmensa llenaba los ámbitos de aquel estrecho baratillo de juguetes y buñoleras; los individuos de la sociedad que se divierten en esos días de *comilonas*, empezaban á divertirse, las trompetillas, matracas, pitos, zambombas, panderetas, eran los inocentes instrumentos de su diversion; el que no tenía instrumento chillaba, y este es el que mas daño hacía. Era aquello otra Babel, en que todos gritaban y nadie se entendía. Los sobrinitos y parientes de Isabelita, empezaron á hacer de las suyas; á uno se le antojó una trompeta; á otro una matraca, á otro un pito, á otro un tambor, á otro un chinchin, á otro un portal de Belen y á otro un tío Caniyitas, con su inglés y su Catana.

--Niños, niños; gritaba la mamá de Isabelita; tengan ustedes una poca de concupiscencia.

Y los niños respondían: yo quiero mi trompeta, mi Caniyitas, mi chinchin, y cada uno continuaba pidiendo su antojo.

Mi amigo entregado á las dulzuras del amor, no oía la infernal algazara de los niños. Isabelita llamó su atención, y mi amigo se aproximó á mí.--Los niños quieren, no se qué, me dijo: cómprales todo lo que se les antoje, y fía en mi amistad; eres un guapo chico. ¿Qué tal te vá con la Teresita? es una morena deliciosa; ¡tunante! Vamos, cómprales los juguetes á los niños; y se alejó diciéndole á los pequeños parientes de su novia.--Ese caballero os comprará los juguetes; y en seguida se puso á hablar con su novia, en tanto que los niños me acosaban, me aturdivan y me desesperaban, saqué mi bolsa, y compré á los niños los instrumentos que deseaban, y poco despues rodeábanme tocando y chillando de alegría. Isabelita se sonreía, enseñando unos dientes difíciles de digerir; Teresita me decía. ¡Qué buen padre sería usted! y la mamá añadía. ¡Qué chistoso! siento mucho que los niños....

--Señora, la respondí, ¿quiere usted callarse la boca?

--Já! já! já! añadió la mamá, ¡qué chistoso! muchas gracias; cuidado no se resfrie usted. Qué hermosa noche, cuántas buñoleras! Vaya que está la feria...

--Chico, me dijo mi amigo precipitadamente; Isabelita querrá buñuelos, vamos á entrar... Córrete, eh?

--Bueno, hombre, entremos; y nos dirigimos hácia una anti-diluviana buñolería.

--A dónde vamos? preguntó Isabelita.

--A comer buñuelos, respondió mi amigo. La fa-



milia se deshizo en cumplimientos.

Entramos, vienen los buñuelos, la miel y las copitas de licor: uno de los niños por tocar la matraca, empujó el platillo de la miel, que se abrió, dejando caer el pegajoso líquido sobre mi pobre pantalón, color de perla, que no se metía con nadie: esta ocurrencia produjo los siguientes resultados: Isabelita se echó á reír, esponiéndose á ahogarse con un buñuelo; la mamá sacudió un soplamocos al niño de la matraca, el cual conociendo que mi pantalón era la causa de aquella brusca caricia, me arrojó ferozmente la matraca á la cabeza, aplastando mi sombrero de copa alta.

Mi indignación llegó á su colmo, traté de convencer á la mamá que estaba acostumbrado á esas diabluras infantiles; luché con un desesperado, porque la mamá no maltratará de nuevo al angelito; y miré con ojos de basilisco á mi amigo que comía sosegadamente los buñuelos en unión de Isabelita, sin cuidarse de mí ni de los demás; me propuse dar un susto á mi amigo, y exclamé:--Chico, voy á casa á mudarme de pantalón: mi amigo se puso pálido como un difunto, se levantó, y me abrazó diciendo con voz conmovida por la emoción: Ahora saldremos todos, hombre: eso no es nada; estas niñas están muy contentas con tu compañía; y añadía por lo bajo: Si te vas déjame la bolsa.

Ví el cielo abierto; dejé disimuladamente la bolsa á mi amigo; me despedí de Isabelita y de la familia, y salí á escape embozado en la capa.

Llegué á mi casa, y me encontré á unos amigos que estaban de broma:--Chico, me dijeron; vamos á la misa del gallo, tenemos cena; contamos contigo.

Huí como un desesperado de mis amigos, y entré en casa de una familia, á quien hacía tiempo que no visitaba.

Un joven de diez y ocho años, laborioso y prudente, que sostenía con el producto de su trabajo á su anciana madre y á dos hermanas solteras, agonizaban. Retrocedí espantado ante aquel cuadro de desolación y de luto.

Los vecinos del primer piso cantaban, y bailaban como unos condenados en el festín de Barrabás.

Entré aceleradamente en la habitación de mi pobre amigo, y me arrodillé al pie de su lecho.

A pesar de su estado gravísimo me reconoció.

--Qué Noche Buena para mi madre y mis hermanas; dijo, y á las pocas horas espiró.

Salí á la calle con el corazón lleno de amargura, y los ojos llenos de lágrimas.

Una pobre mujer con un niño enfermo en brazos me detuvo diciendo: Una limosna por el amor de Dios; soy una pobre viuda sin amparo.

Mi amigo se quedó con mi bolsa, di una sortija á aquella desventurada madre.

Un grupo de hombres completamente ébrios, pasaron cantando:

Esta noche es Noche Buena

Y no es noche de dormir;

Dame la bota Maruja

Que me quiero emborrachar.

Juzgue el lector si con estas escenas pasaría una Buena Noche

SANCHO PANZA.

MEMORIA EN EL MAR.

¿Te acuerdas? El relámpago encendía tu frente en roja lumbre, y el viento entre los árboles gemía, porque del monte en la nevada cumbre su luz entonces apagaba el día.

Laura, ¿te acuerdas? Horas de cándido placer, ¿dónde sois idas? ¿Y á donde seductoras risas de amor ó lágrimas queridas? Pasadas sois en suma, como del mar bravío que azota mi navío, hirviendo pasa la flotante espuma.

Rasga la nube, y vuela el rayo luego. En rededor medrosa zumba la brisa, y cruje la alta vela, y en sus senos el mar hondo rebosa la chusma clamorosa tal vez prorrumpe en duelo; y ¡ay! en tanto por tí mi voz ansiosa pregunta á los relámpagos del cielo.

¿Los ves? Si alguno al desgarrar luciente del ancho espacio la apiñada sombra alumbra ahora también, Laura, tu frente, ¿recordarás mi amor? O si te nombra mi flaca voz, cuando su voz inmensa al aire impone el huracán deshecho, ¿pensar podré que tras la sombra densa el eco espere de mi voz tu pecho?

¿Quién sabe! Todo muere mientras en mí tu amor estéril arde. El sol las sombras luminoso hiere al alba, y mueve á la sombrasa tarde; y aun este mar undoso que al cielo alzando en líquida montaña sus aguas, temeroso el mástil récio de la nave hería, depone ya su saña, y vuelta ya la noche en claro día, á la orilla que baña, fácil espuma murmurando envía.

Muere el mal, muere el bien. Si peregrino ora por tierra y mar vago anheloso, presto volverme á tí puede el destino y á tu seno amoroso; donde logre de nuevo mi agitada frente en la tuya reclinar serena, y oír tu regalada

voz de suspiros y de dichas llena.
 Puede... ¡quién sabe! mientras duermo en calma
 el mar, vela en mi alma
 aquella que me trajo la tormenta,
 memoria de tu amor, que dulce miro
 y en sueños me sustenta,
 ó despierto me alienta
 el aire embalsamado que respiro.

Mas siempre en turbulenta incertidumbre
 no, mi Laura te asombre,
 que al pensar en tu nombre
 tal vez amargas lágrimas derrame.
 Y cuando del relámpago la lumbre
 las nubes del ocaso ráuda inflame,
 si ves sus rayos rojos,
 sabe que acaso llorarán mis ojos,
 entonces, Laura, bella
 la imagen dulce de la tarde aquella,
 también ¡ay! transitoria,
 que su esplendor despierta en mi memoria.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Con el mayor gusto insertamos el siguiente
 gracioso artículo, debido á la pluma de uno de
 nuestros ilustrados colaboradores de la corte.

ARTE DE ESCRIBIR PARA EL PÚBLICO.

(DIÁLOGO ÍNTIMO.)

Multum est stultorum genus.
(Epistola parlanchina ad literastros.)

Buenos días Sr. Parlanchin.

—Hola! qué traes buena pieza?

—Vengo incitado por la curiosidad.

—Hombre!

—Usted ha anunciado un arte de ser escritor ó de
 escribir para el público; yo que me chuparía los dedos
 si pudiera conseguirlo, y que he sacado gran fruto de
 su *arte de componer novelas y del de hacer versos*,
 quiero perfeccionarme en el *corte* de ciertos géneros de
litera... como?

—Literatura.

—Pues bien, he venido como una exhalacion pa-
 ra que me explique lo que me falta...

—Bravísimo, bravísimo! quieres ser...

—Antes que todo...

—El honor...

—No señor, antes que todo quiero ser periodista
 de esos que andan por el mundo como si dijéramos á
 gatas: y trepando, trepando llegar hasta la azotea del
 palacio de la fortuna.

—Sabes gramática?

—Poca cosa; pero no dejo de saber que la palabra
 gobierno es un nombre sustantivo del género presente
 y número imperativo.

—Basta. Que tal de política?

—Oh! en cuanto á eso, sé decir en pleno café, que
 es donde lucen las cosas: *las tempestuosas nubes del*
desbordamiento popular... El infernal clamoreo de las
 oposiciones matemáticas.

—Sistemáticas es la palabrita de cajón: muy bien,

con el tiempo escribirás *fondos*.

—Eso de escribirlos, creo que con cuatro leccio-
 nes hade ser muy fácil para mí, la dificultad es ad-
 quirirlos ahora que ni aun me es dado jugar á la lo-
 tería primitiva.

—Bueno, empezarás por escribir una gacetilla so-
 bre el perro que se perdió ayer á la señora Duquesa de
 P. ó sobre la policía urbana.

—Y cómo estás de chispa?

—De cuando en cuando alguna copita en el Suizo,
 pero achisparme, no señor.

—Sabes francés?

—Sé lo bastante para que no se me entienda el es-
 pañol.

—Sublime, eres un chico de provecho. Piernas
 listas, lengua suelta, despejado en el café, criticar sin
 ton ni son en el teatro, audacia para explicarte en las
 reuniones con gravedad y aplomo, luego manos pron-
 tas para sostener un desafío ó dos al mes por defender
 á tal ó cual personaje á quien se ha dado algun bofetón
 moral, y ya estás en el primer escalón de la carrera, di-
 choso catecúmeno.

De la gacetilla pasas á los sueltos, luego dejas caer
 alguna revistilla de teatros, tendrás entrada en todos
 ellos, te relacionarás con tus semejantes, es decir con los
 demás escritores que te se parezcan. Habla de Boileau,
 de Scribe, de Dumas, para que digan que lo entiendes;
 no te acuerdes siquiera de que hemos tenido un teatro
 español, admiración de propios y extraños: pondera to-
 do lo que no huelga á ibérico: Lope, Calderon, Tirso,
 Moreto, Alarcon, qué son junto á los genios franceses,
 ingleses, alemanes, moscovitas; turco-manos etc. etc.? y
 cuando en las revistas hayas tronado contra el actual
 estado de la escena española, entrégate á emborronar
 papeles escribiendo un drama, anticipa en los juicios crí-
 ticos que falta un genio que enderece por el sendero
 de la inmortalidad á nuestro teatro contemporáneo; y
 á ver si luego te cabe esa gloria. Tus amigos aplaudi-
 rán, te llamarán á las *tablas* y como ya tenias prepara-
 do el terreno en la prensa, en menos que cante un ga-
 llo cantas tu victoria y te haces escritor conocido pa-
 sando á la posteridad tu cara que no es maleja, entre
 los retratos de la puerta del Sol.

Luego te llaman para escribir fondos, los adque-
 res; si no lo eras te haces situacionista fuburibundo y
 al poco tiempo los periódicos oficiales anuncian el nom-
 bre de un funcionario más que serás tú.

—Pues señor, manos á la obra... periodista! pe-
 riódista!

—Ah si quieres escribir artículos sueltos cuando
 ya seas conocido, y te los pagan y publican sin leerlos,
 das uno al Museo Universal y otro á la *América* y si allí
 pareciesen malos por cualquier tontería, buscas otro
 semanario y te haces rey absoluto de aquel estado. Cui-
 dado que en estos artículos no te olvides del floreo,
 mucho floreo, mucha figura aunque sea traída por el
 cogote: dices, por ejemplo, el rocío de la civilización
 iba cayendo gota á gota sobre la temprana flor del mun-
 do, que se bambolecaba abriendo sus pétalos cual si
 horrisona tempestad desquiciara la máquina esférica de
 la terrenal morada.

Verás, verás á qué altura llegas, sobre todo si te
 apoderas de unos cuantos testos franceses y en latin,
 aunque no lo sepas, y los plantas á la cabeza del artí-

culo como editores responsables de tus ideas; por supuesto que á los tales autores citados los cojerás desprevenidos y agarrándolos por los cabellos, si alguno les queda, los arrastrarás hasta que puedan serte útiles.

Cuanto mas huecos estén los articulitos mejor que mejor; los miriñaques en las hembras como en la literatura de tu género, nunca decaen.

No te olvides, por todos los santos, de ensartar como perlas preciosas aquello del eterno lazo, la hirviente lava de las modernas sociedades, la lepra asquerosa del vicio que nos circunda y... en fin, al buen entendedor...

Nada de sencillez... lo sublime es ininteligible para las mollerías ignorantes...

Figúrate que los españoles no han dicho jamás, tanto y tan bueno como aquello de *L'homme est un petit monde et la femme un petit ciel*, y si te aseguran que Calderon lo dijo en castellano, responde tú, que no te hizo gracia mas que en francés.... *et sic* de céteris...

—Muy bien, muy bien: sublime maestro. Nada me queda por saber: parece que ha fotografiado vd. á alguno de tantos que circulan por esas calles.

—Nada, nada: yo te doy la regla y el compás, no seas tonto y encáramate sobre las espaldas de esa vieja calva que llaman ocasion: ella te conducirá al pináculo de...

—Toma; yo lo creo, cuántos conozco yo que de simples periodistas llegaron á ministros.

—Pues ya se vé: sigue, sigue y no desmayes si quieres pasar á la posteridad.

—Gracias... gracias... Dios le bendiga á V.

—Anda con Dios y predica mi doctrina por plazas y calles, que aunque tiene ya muchos sectarios, no faltarán algunos que aprovechen sus admirables *principios* y hasta los sabrosísimos *postres* ó consecuencias que de ella se deducen. He dicho.

EL PARLANCHIN DE PROVINCIAS.

PROTESTA DE LOS PAVOS

EN LAS PRESENTES PASCUAS.

(Romance.)

«Hoy nosotros, grey pacífica,
»de prudencia acreditada,
»pues siendo gente de pluma
»nunca escribimos palabra;
»al mirar que sin derecho,
»sin ley, sin razon, sin alma,
»tanto implacable asesino
»á la muerte nos arrastra,
»y nos degüella y nos parte,
»y nos reduce á tajadas
»para que en ancha cazuela
»pasto demos á su panza;
»hoy protestamos quejosos
»de violencia tan extraña,
»y el justo fallo esperamos
»de que penden vidas tantas
»¿Por qué este rigor impio?
»¿Por qué tan tremenda saña?
»¿Qué crímenes, qué maldades
»han hecho pavos y pavas?
»¿Somos polacos acaso

»y cometemos la infamia
»contra opresor extranjero
»de defender á la patria,
»al látigo moscovita
»oponiendo firme espada?
»¿Somos tal vez de esa turba
»de escritores sin crianza,
»que al mas erguido magnate
»sueltan verdades tamañas?
»¿Somos quizá Fontanellas
»que sus caudales reclaman?...
»Si fuéramos cuales estos,
»ó cual otros de tal marca,
»prision, violencia y cuchillo
»en su lugar emplearan;
»que decir la verdad pura,
»defender la razon santa,
»crímenes son en un tiempo
»en que medra quien engaña.
»Mas, si aunque con tanta pluma,
»caminamos sobre patas,
»si obedecemos sumisos
»la insinuacion de la caña,
»si jamás nos rebelamos,
»si no escribimos programas,
»si somos tan animales
»que si bien se nos repara,
»desde las uñas al moco
»y desde el moco á las alas
»y desde estas á la cola
»somos pura animalada;
»¿por qué con furor tamaño
»nos persiguan y nos matan
»en vez de colgarnos cruces.
»y de concedernos cátedras?
»Solo hay justicia en el mundo
»para los pavos y pavas.»

Aquí varios lagrimones
tan grandes como castañas,
el papel humedecian
y la escritura borraban.
Solo al final, con trabajo,
apenas se divisaban
á guisa de firma y sello
la señal de una gran pata.
Y yo, que en una cocina
hallé esta misma mañana,
entre plumas y entre huesos,
la protesta aquí copiada,
en obsequio de otros pavos
me propuse publicarla.

TOMÉ CECIAL.

(Sevilla.)

GALERIA BIOGRAFICA.

NOVELISTAS.

I.

ALFONSO KARR.

(CONCLUSION.)

Karr bon á ri.

El renglon lo escribió con un pedazo de carbon que le cogió al fondista, en cuya puerta lo escribió.

Sus amigos Werdet, Balzac, Sandiau, Massons, Paul de Kock y Leon Gatayes, le invitan á una gran comida que él preside sentado en un asiento mas elevado que los demás; y á manera de monarca, se deja servir por sus

compañeros. Así trataron de dar una manifestacion favorable al mérito de Karr, y una negativa á las miras intencionadas de los envidiosos.

La amistad cuenta á Alejandro Dumas como uno de los corifeos de su afecto; más á pesar de esto se vé precisado á dar una declaracion ante los tribunales, por una demanda de aquel autor de medio color.

La acusacion era por el apóstrofe dirigido á Dumas de Fábrica de Romances. Casa de Alejandro Dumas y compañía.

Lo mas grave era que Dumas habia rechazado un romance que le habia sido presentado para que lo publicara como suyo, y el autor del romance, agraviado, se quejó del comercio inicuo que ejercia Dumas con las producciones ajenas.

Karr tenia en su defensa pormenores que debia facilitarle Gatayes, el cual nunca veia la hora de entregarlos, y así pasó el tiempo sin aclararse la verdad, y quedando en descubierto el que tomó á su cargo el vengar á un amigo.

Apesar de esta farsa, jugada por Gatayes, la amistad se estrechó íntimamente entre ambos escritores, viviendo en buena armonía en las riberas de la Mancha.

Euryale iba á París todos los meses para no dejar dormir su principal negocio, que eran sus publicaciones, y habiendo caido enfermo de bastante gravedad en una de sus temporadas en París, estuvo á pique de perder la vida, quedándole para recuerdo de esta enfermedad, la cabeza sin un cabello.

Al volver al lado de su amigo, este lo recibe con donaire, diciéndole, que siempre ha sido hombre de poco pelo.

La inclinacion que tiene hácia la vida de marinero, no le impide seguir sus escritos, dando á la prensa por resultado de estas tareas la novela *Vendredi Soir*. Otras varias le siguieron, que son un modelo de este género.

En 1835 abandona su ocupacion de marinero, para tomar á su cargo la redaccion del «Figaro» y casarse por añadidura.

La calle de Tour-d'Auvergne, alberga á los recién casados por algunos meses, para verlos salir reñidos y vivir separados.

De esta union resultó una niña que vive con su madre, sin haber visto jamás á su padre.

Los motivos para esta resolucion tan firme, en una persona de los antecedentes de Karr, deben haber sido graves; pero el velo del misterio cubre esta circunstancia, y nosotros no trataremos de levantarlo, por ocultar los actos de la vida privada de una familia.

A poco de esta separacion, la prensa dió otra produccion de Karr, titulada, «Chemin le plus court,» la cual no es otra cosa que la historia de una union desgraciada.

¿Sería tal vez la suya propia?

A continuacion aparece otra obra, titulada, «Ce qu'il y á dans une bouteille d'encre.»

La primera parte «Genevieve» está concebida en el panteismo de Goethe, Novalis y Burger, y otros de esta escuela alemana.

El escepticismo sencillo, y la filosofía pagana, son las doctrinas de la produccion, espresadas con imperfeccion y descuido, abundando las impropiedades literarias, y algo de mal gusto.

Las tres partes siguientes se intitulan, Clotilde, Hortense y Am-Raucheu.

Sin embargo de haber estado acostumbándose á las

costumbres sencillas de los aldeanos d'Etretat, no pudo vencer ú olvidar su mania por hacer circular los actos de su vida y manifestarse al público para que le admiraran.

Con sus diarias noticias acerca de su domicilio y rarezas domésticas, consiguió que la puerta de su casa estuviera continuamente llena de curiosos que pedian al criado visitar los departamentos del autor de Genevieve.

Este no se hacia repetir la peticion segun la consigna que tenia, y mostraba á todos el interior de las habitaciones y la gran bata de terciopelo negro del escritor, bordada de oro.

En 1859, dió principio á la publicacion de una obra que le dió verdadero renombre, y que con justicia le nombraron el Sterne francés.

«Les guêpes» es la produccion mas completa que ha salido de su pluma.

Esta está siempre dispuesta en servicio de las cosas útiles y en desagravio de los abusos.

En su publicacion se entrega á defender á Federico Sauvage, inventor del hélice, que gime en la prision por deudas, y critica á los abogados, á las circunstancias atenuantes y á los que ejercen un comercio de engaño, adulterando los efectos.

Lleno de vanagloria escribe sin corregir, habla sin pensar, obra sin meditar, y el conjunto de sus trabajos es una afirmacion y negacion de sus doctrinas.

Así es que él que recomendaba al principio de sus tareas el sentido comun como el mas bello de los atributos del hombre, fué el que mas desprecio hizo de este don, y por lo mismo cayó en la vaguedad, insulsez y nulidad cuanto su pluma producía durante el vértigo de esta mania.

Les guêpes estuvieron en boga mas de diez años lo que le producía bastante utilidad al bolsillo y pasto á su amor propio.

Durante este intervalo, publicó: «Pour ne pas être trieze. Midi á quatorze heures. Feu Bressier. Une histoire invraisemblable. Voyage autour de mon jardin. La famille Alain. Le livre des Cent Verités. Les Fees de la mer.

Si hojeamos «Les guêpes» encontraremos repetidos muchos trozos de sus obras, pensamientos iguales bajo distintas formas, y producciones enteras colocadas en sus columnas como recién-nacidas.

El mientras tanto, atesora el oro que los curiosos le meten en su caja, y se retira cuando se creyó satisfecho, á una quinta que adquiere cerca del Havre, donde nada ha perdonado para que sea un retiro poético, cómodo y distraído.

Quién le diría que el año 1845 tendria que deshacerse de lo que con tanto cuidado guardaba y celaba, por reunir en ella todos sus caprichos y deleites.

Sainte-Adresse es el nombre del lugarcillo, que solo abandona momentáneamente, para recojer en el Havre el producto de la venta de sus producciones.

Estas no le parecian ir en aumento, y temia cayera el interés que habian despertado, por lo que hizo anunciar en París y en las ciudades donde tenia depósito de sus obras, que habia muerto en un duelo.

La noticia cunde, todos se precipitan á las puertas de las librerías para adquirir las obras escritas por el que ya pertenece á la mansion de los muertos.

La demanda es inmensa y temen se aumente el precio, pues ya no habrá mas obras de su estilo.

Agótanse las ecsistencias; llena sus arcas Karr, y cuando ya creyó oportuno la aparicion, vuelve á anunciar en

los mismos periódicos, que no es cierta la supuesta muerte, pues goza de la mejor salud.

Después de la revolución de 1848, quiere ser elegido candidato por el distrito del Havre. A punto está de serlo, pero una trama que le preparan en el momento mismo de la votación, le arrebató todos sus votos.

No llega á entrar en la cámara, pero se contenta con escribir sus *Guêpes Hebdomadaires*.

Esta publicación hace eco en la atmósfera política, y estando próximas las elecciones para presidente, el periódico semanal aboga furiosamente por el general Cavaignac, hace la biografía de este y de Luis Napoleón, poniendo en parangón las bondades del primero y las iniquidades del segundo.

La «*Presse*» escribe en estos días de disturbios y luchas: «Alfonso Karr sale mañana para el Havre á preparar el triunfo de la candidatura de Cavaignac, merced á la influencia que ha adquirido en aquel punto. Deseáramos ver, pues será curioso, de dónde saldrá el dinero para el pago de estos gastos.»

Karr respondió en seguida:

«Señor redactor: el importe de mis gastos en el viaje que he emprendido, ascienden á diez y siete francos y veinte céntimos que abona su seguro servidor,

Alfonso Karr.

A su vuelta á París fué condecorado con la orden de la legión de honor, que ya antes le había sido concedida y él ofreció á su padre.

Después de estos sucesos en los que aparece mezclado en la política, fuente que presta recursos á tantos sedientos, Karr unas veces aparece como escritor publicando infinidad de obras, y otras como hombre necesario á este ó aquel partido, combatiendo y ensalzando opiniones.

Sus publicaciones posteriores son: Raoul Desloges. Clovis Gosselin. Une poignée des verités. Les Femmes. Lettres écrites de mon jardin. Agathe et Cecile. Devant les Tisous. Les soirées de Sainte-Adresse. Christian. Fantaisies philosophiques. Dictionnaire des Pêcheurs y varios artículos insertos en la *France Maritime* y en la *Republique du Peuple*.

Fundó además «*Le Journal*», periódico defensor de la política de Cavaignac, que no teniendo otro elemento que le hiciera vivir que la fantasía de su fundador, murió de consunción.

Posteriormente la vida de este político y literato, ha sido tal como la de sus muchos compañeros de periodismo, una alternativa de favor é infortunio que lo acerca ó desvía de la tranquilidad, comodidad y desahogo, según que sus amigos suben ó bajan en las regiones de la política.

Su afán por la sátira y el ridículo, le acarreó enemigos en todos los terrenos donde esgrimía su pluma, y hasta llegó el caso de esperarle para asesinarlo.

Karr es, por lo tanto, la síntesis del carácter francés, envanecido con las escentricidades de las ideas alemanas, y obligado por la necesidad á especular con su imaginación, esprimiendo el jugo bueno que de ella pudiera salir, para mezclarlo con los adornos á veces impropios que las circunstancias requieren.

Ha escrito de todo, y á veces con acierto, pero su envanecimiento exagera, ridiculiza y hace decaer el mérito de lo que sin ese defecto sería bueno.

Este es el defecto de que adolece Alfonso Karr; por lo demás es un buen escritor.

UN NOMBRE.

¿Qué dulce nombre repiten
los céfiros y las aves
con acento melodioso
como el cántico de un ángel?
¿Qué voz los espacios llena
entre coros celestiales
y al corazón de los hijos
la paz y el consuelo trae?
Si lloran, viene aquel nombre
y su llanto enjugar sabe.
¡Dulce nombre, voz divina,
hija del cielo, que esparce
en la tierra grato aroma;
nombre que no ignora nadie,
misterio que dá á las almas
armonías inmortales;
espíritu, luz y esencia,
rayo de amor inmutable
que nos alumbra en la cuna
y hasta en el sepulcro cabe.....
y mas allá... aun esperamos
de Dios en el seno hallarle.
Ese nombre que repiten
los céfiros y las aves
con acento melodioso
como el cántico de un ángel,
ese rayo de ventura
que consuela á los mortales,
es el misterioso nombre,
el dulce nombre de «madre.»

E. LLOFRIU Y SAGRERA.

Madrid.

MESA REVUELTA.

TEATRO PRINCIPAL.

Hemos asistido á las dos representaciones de la *Marta*, y vamos á emitir nuestro juicio sobre su ejecución con la imparcialidad que acostumbramos. A nuestro modo de ver, en lo general, ni las partes principales, ni los coros, ni la orquesta, han comprendido la verdadera índole de la música, de esta bellísima partitura, y de ahí que el público no haya podido apreciar como debiera todas las bellezas que encierra esta obra. Una novedad y una frescura encantadora en las melodías, una armonización correcta y una instrumentación originalísima, llena de magníficos detalles, son las cualidades predominantes de esta ópera, una de las mas bellas y populares de su autor, y quizá la que pone mas en relieve sus buenas dotes como compositor, y sus profundos conocimientos en el divino arte. Entre las muchas piezas notables que hay en la *Marta*, son dignas de especial mención, el duetto de tiple, el coro del mercado y el cuarteto en el primer acto, el renombrado cuarteto de las ruelas, y el duetto de tiple y tenor en el segundo; el aria de contralto, la bellísima romanza de tenor y el concertante final del tercero, y la sinfonía que de intento hemos dejado para la última, por ser, según nuestra humilde opinión, la joya de mas valor que hay en la ópera. Pero si en conjunto la ejecución nos ha dejado bastante que desear, en cambio varios artistas han sido aplaudidos con justicia en alguna de las piezas. La señora Dory ha caracterizado perfectamente su papel, habiendo sido mñ

aplaudida en el ária del tercer acto, cantada con notable espresion. El nuevo tenor señor Minetti, que hizo su debut en esta ópera, fué perfectamente recibido del público, que lo aplaudió con entusiasmo en su romanza. Es un tenor de medio carácter que tiene una voz simpática, aunque de no mucho volúmen, una vocalización bastante correcta, y canta con espresion los andantes, aunque deseáramos que no exagerara tan á menudo los pasajes de sentimiento; como actor nos ha parecido bastante endable. En la ejecución de la Lucrecia, nos ocuparemos mas detenidamente de este apreciable artista. Las supresiones siguen á la orden del día, pues en el cuarto acto se han suprimido nada menos que dos piezas; un ária de barítono y un duetto de barítono y contralto. ¿Cuándo querrá Dios que se oigan las obras tal como salen de la pluma de su autor?

En la Lucrecia hará su debut el primer bajo señor Próspero Derivis, que goza de una envidiable reputación en el mundo filarmónico.

Las Mil y una Noche en Puerto-Real.—Días pasados hice una escursión á Puerto-Real, lindo pueblo de recreo, que los moradores de esta población, poseen para su solaz y esparcimiento. Llamóme altamente la atención, el fuerte aroma que exhalaba un lindo jardincito, situado en la calle de San Fernando, y arrastrado mi olfato con tan perfumados olores, penetré en aquel pequeño Eden, y ¡oh sorpresa! ví realizados en un corto terreno milagros de floricultura y prodigios de aclimatación, que me hicieron recordar las encantadoras y deliciosas florestas, que soñó el fecundo autor de las «Mil y una Noche.» Pregunté por el director de aquel esmerado colegio de plantas, y me dijeron ser el señor Pedro Basset, que con un gusto exquisito y una paciencia á toda prueba, ha logrado reunir, en un círculo de no estensas dimensiones, un variado surtido de árboles y flores, europeas, tropicales, acuáticas y africanas; y aconsejo á los amantes de las flores, que imiten mi escursión y quedarán complacidos.

Campiani el que sin fortuna
Hizo de conde de Luna,
¿En qué se parece al conde?
Querido Fábio, responde;
Respóndeme por favor.
--En que mata el Trovador.

Puff! puff! Señor que me ahogo,
qué peste! Señor! qué peste!
en columnas mingitorias
ha convertido la gente,
todas las calles de Cádiz,
desde el Sur hasta el Oeste.
Señores municipales;
sus! á la lidia, valientes:
sacudid un par de palos
á todo aquel que se encuentre
en posición académica
con las manos en la frente.

Noches pasadas presencié en la feria de la calle de la Unión, una escena capaz de hacer arrancar lágrimas á la vidriera de la Pastelería Suiza. Una joven de

quince primaveras, suplicaba á un señor de sombrero á lo matapallo, que le comprase una figurita que representaba un mulo dando coces á un gañán: pimpoya mia, dijo el señor; esa figura representa á Balaan sufriendo las habladurías de su burra. Ya! pues entonces no la quiero. Yo pensé que era un cochino matando á un serrano.

LA AZUCENA DEL VALLE.

NARRACION POPULAR ESPAÑOLA.

por

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

CON UN PRÓLOGO,

por

DON FRANCISCO FLORES Y ARENAS.

Y UN JUICIO CRÍTICO

de

DON JUAN DE ARIZA.

¡¡Cuarta edición!!

Desde el próximo mes de Enero verá la luz pública por entregas de 16 páginas, en buen papel y con elegantes tipos, esta preciosa novela, que tanta aceptación obtuvo en la Isla de Cuba.

Se suscribe en la redacción del *Sancho Panza*, calle de San Miguel, núm. 18.

La entrega costará un real de vellón, llevada á domicilio.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.—En Cádiz, 6 reales al mes, llevado á domicilio.—En provincias 20 reales trimestre adelantado.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Cádiz, en la imprenta de *La Ilustración Gaditana*, calle de San Miguel, número 18.—CORRESPONSALES.—Madrid: don José María de Guzmán, calle de Santa María, número 3, cuarto segundo, derecha.—Málaga: don Francisco de Moya, Librería Universal, Puerta del Mar, número 15 al 22.—Jerez: don José María Moliné, Tornería, número 1.—Sevilla: Sres. hijos de Fé y compañía, librería, calle de Tetuan, número 19.—Puerto de Santa María: don Francisco Cañas, librería, calle de Palacio.—Las Palmas de Gran Canaria: don Amaranto Martínez de Escobar, administrador del periódico *El País*.—San Fernando: don Ildefonso Antonio Ruiz, calle de San Eduardo, número 17.—Vejer: don Eugenio Pradier.—Sanlúcar: don Inocencio de Oña.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Este periódico se publica los días 8, 16, 24 y 30 de cada mes.—En Cádiz, 6 reales al mes, y 5 recogido en el despacho.—En provincias 20 reales trimestre adelantado.—En Ultramar, 25 reales trimestre adelantado.—El número suelto 2 reales.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

Imprenta de LA ILUSTRACION GADITANA, á cargo del mismo, calle de San Miguel, número 18.